

Contemplando a la Trinidad

LUIS ÁNGEL MONTES PERAL
Palencia

- *¿Estás en onda con la Trinidad?* 2019
- *Dejarse amar y amar. Renovación de la experiencia trinitaria.* 2021
- *Gozarse en la Trinidad. Acceso con nuevo lenguaje al Misterio Trinitario.* 2023 (Los tres libros editados por *Secretariado Trinitario*, Salamanca)

COMENTANDO MI TRILOGÍA SOBRE LA TRINIDAD

Después de un no pequeño esfuerzo conceptual y desarrollando un amplio ejercicio literario de corte muy personal, al fin he acabado mi trilogía sobre la Trinidad. Las páginas escritas han ido en aumento: el primer libro tenía 151, el segundo ascendía ya a 262 y el tercero, que acaba de salir, ha rebasado las 350 páginas. Con esta reseña quiero expresar mi alegría en lo que han representado estos cinco años de escritura (2019-2023) sobre la que considero la *questión fundamental* de la teología. He procurado adentrarme más y más en el *Misterio de los misterios*,

que tanto bien nos hace, conociéndolo de manera escalonada y descifrándolo con la docilidad propia de los iniciados en un tema de estas características. Un Misterio *soberano* que se me ha ido gozosamente desvelando, al menos en lo *más esencial*, a medida que he ido penetrando de distintas formas en su contenido, *creciendo* en la vivencia espiritual y desarrollando poco a poco el tema elegido, no sin contar con dificultades, que he tratado de *discernir* y saldrán a relucir en esta exposición.

Tengo que reconocer con humildad que al considerar el resultado obtenido he sentido un alivio no pequeño, porque he concluido una empresa, que no pensé que la pudiera finalizar de esta forma por falta de suficiente capacidad para desarrollar debidamente lo que pretendía. Pero algo *decisivo* ha abierto de manera creciente mi corazón, que deseo reconocerlo desde un principio: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se te van descubriendo a medida que vas adquiriendo una *experiencia mayor* de su Amor en el recorrido de tu trayectoria. Ahondar en un tema tan trascendente, pero a la vez de difícil comunicación, no me ha dejado de producir, dicho con toda la naturalidad, gozosa complacencia aunque también alguna *desazón*. Poner por escrito lo conseguido *no* se me ha logrado en modo alguno a la primera, ya que son muchas las *reflexiones* expuestas y he realizado con frecuencia *correcciones*, para que al final la totalidad tuviera una aceptable puesta a punto y considerara pertinente el conjunto de mis indagaciones, tal como me he esforzado en presentar de la forma que me parecía más oportuna y sincera. Soy consciente que el resultado puede ser que, al no haberme satisfecho *del todo*, tampoco entusiasme a mis destinatarios. Pero ¿quién puede ofrecer una obra perfecta (menos de estas características) e identificarse por completo con ella?

No cabe la menor duda que la trilogía ha supuesto para mí un *enriquecimiento vital* en el sentido más real de la expresión y pienso que puede orientar la experiencia espiritual de mis lectores

presentes y futuros, como ha orientado la mía. Repito que tiene sus *luces y sombras*, ya que toda obra de estas características no deja de ser humana y siempre se pueden expresar las vivencias e intuiciones mejor, incluso mucho mejor. Con todo puedo considerar, y lo confieso con franqueza, que me parece que he resuelto lo que me proponía en tres etapas complementarias de manera *positiva*. En el tema de los poemas del tercer volumen, aunque los he trabajado desde la *espontaneidad*, podía haberlos hecho más reducidos y mejor concebidos en su raíz poética. Pero en no pocas ocasiones he querido que aparecieran tal como salían de mi interior, sin buscar tanto la formulación precisa como la manifestación de *emociones desnudas*, difíciles de controlar, cuando se les da rienda suelta sin buscar más justificaciones que la sinceridad. Lo que más me importaba es descubrir ante mí mismo y mis lectores, que se puede vivir en primera persona una *aventura apasionada* de la mano del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que no dejan de llamarnos, ofrecernos su ayuda y acompañarnos con su Palabra.

1. LO QUE HA SIDO MI PROPÓSITO MÁS ÍNTIMO

Lo primero que quiero afirmar es que he intentado *formular una teología distinta*, que se apartara en buena medida de la que he hecho hasta ahora, buscando también ir más allá de los parámetros de la reflexión *académica*, tal como los he ido desarrollando en mis largos años de estudio y de docencia, que han sido muchos e intensos. Algunos temas que he tenido que abordar ahora han sido costosos y no exentos de dificultades, pero lo expuesto en esta trilogía me ha conducido por excelentes derroteros, que solo pueden provenir del aliento trinitario: He recurrido con frecuencia a la *oración reposada*, a la experiencia creyente y a la *emoción envolvente*, unas veces contenida y otras más desarrollada,

permaneciendo con frecuencia en un recogimiento interior que me ha hecho bien. Del pasado me ha surgido este otro presente más *intenso* en la plegaria, que me llena de gozo y me ha ayudado a experimentar en lo íntimo la fuerza de la *gracia*. Tengo que reconocer que cuanto más crees que las Tres Divinas Personas te están *inhabitando*, al mismo tiempo sientes que con más fuerza se elevan sus amorosas presencias sobre tu persona y mejor se sustraen a todo intento de malsana posesión o manipulación. En la modernidad la Trinidad ha brillado por su ausencia, pero en mí he sentido siempre la *necesidad de su presencia*, sin dejar de depender de su actuación, gozada como cercanía gratificante, que adquiere una resonancia muy especial en mi propia personalidad.

En el último libro, culminación de los otros dos, no me ha costado conseguir el *título*, que capta perfectamente lo que *bulle* en mi corazón y constituye lo más sagrado que busco dar a conocer. Pero no ha sido fácil precisar un subtítulo que tuviera *atractivo* para los lectores, de modo que entendieran sin demasiada dificultad cuanto me he propuesto esclarecer. ¿Por dónde dirigir mi intencionalidad, para presentar de manera sencilla y clara lo que tanto me apasiona? Se me ocurrían estas consideraciones: ¿Lo que he querido transmitir ha consistido en ayudar a adentrarme en la *felicidad* mediante una nueva presentación de la Trinidad? ¿He intentado descubrir la *grandeza humana* en la búsqueda de lo definitivo, proporcionado a través del encuentro con las Tres Divinas Personas? ¿Demasiado alambicado, poco preciso, un tanto pretencioso? Posibles formulaciones concretas eran estas dos: «El descubrimiento de la grandeza humana mediante el encuentro con la Trinidad» y «Adentrarse en la felicidad mediante una nueva vivencia de la Trinidad». Una manera apropiada de dejarse poseer por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo consiste en explorar el propio espíritu humano en la búsqueda de la felicidad.

Al final, aconsejado por el editor, me he decidido por otra formulación más sencilla, aunque pienso que necesita una

adecuada explicación: *Acceso con nuevo lenguaje al Misterio Trinitario*. Con todo conviene precisar que mi aportación constituye *algo más decisivo*, va más allá del lenguaje, aunque no cabe duda que he tenido muy en cuenta la manera concreta de expresar lo inexpresable. No se trata tan solo de una apertura a una *nueva forma* de hablar de la Trinidad, que ciertamente lo es; pero en realidad esconde algo más hondo: lo que me ha importado de una manera muy especial, ha consistido en poder ofrecer lo que está *detrás de la expresión lingüística*, lo que va más allá del simple abrirse a una nueva concepción literaria. Formulado de otro modo: a lo que verdaderamente he pretendido llegar es a testimoniar una *experiencia real transformadora*, que *solo* puede provenir del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, *presencias amorosamente reales*, que sostienen el ser y quehacer propios de cada creyente en su camino hacia la felicidad, a la que todos aspiramos. *Encontrarme* con el Misterio de los misterios y dejar que se *explicite* en la propia existencia, pudiendo ser *testimoniado* ante los demás, ha sido mi propósito más íntimo. Estoy plenamente convencido que quienes me han inoculado esta *vivencia tan personal* no han podido ser más que las Tres Divinas Personas, que solo generan Verdad, Bondad y Belleza.

1.1. *La experiencia de algo nuevo*

Tengo para mí que he culminado una *empresa laboriosa* que ha merecido la pena emprender y que al finalizarla agradecido, más allá de las dificultades pasadas, me causa no poca satisfacción poderla haber concluido, aunque siempre queda el malestar de tratarse de una *obra imperfecta*, que hubiera necesitado más oración y más detenimiento íntimo, más reflexión y ahondamiento, más fuerza de convicción y sobre todo más *entrega* al prójimo y más *cuidado* de la creación, que nos gritan constantemente y el Espíritu quiere que los escuchemos. Con toda la sinceridad no me queda

más remedio que reconocer que en modo alguno he alcanzado la perfección (¿cómo podría afirmar algo así?), pero he logrado ofrecer *algo nuevo que ha nacido en mí*. Ante mis lectores *he querido manifestarlo*, expresado todo ello sin pretensión alguna, teniendo siempre en cuenta la marcha de la sociedad, que deja mucho que desear, pero que nos influye permanentemente.

Ya desde los inicios del siglo XX, dos de sus grandes filósofos, Martin Heidegger y Karl Jaspers coincidieron en determinar que el *rasgo*, que mejor caracterizaba a nuestra sociedad occidental era el *desnortamiento*. Vivimos en un mundo que parece haber perdido o no encuentra la debida orientación en su modo de vivir y obrar, pensar y sentir y en su relacionarse con los demás. Nos deslizamos por unas sociedades superficiales del simple mercadeo, por una Europa egoísta, en la que priman los intereses económicos, que habla mucho de derechos y actúa bien poco en favor de los humillados por las circunstancias ambientales. Da la sensación que no estamos formando *personas nuevas*, sino más bien *seres vacíos* a pesar de su riqueza, desorientados en cuestiones vitales fundamentales, con tendencia a desviarse hacia formas banales, incluso en relación con *valores básicos de respeto* que nunca debieran faltar. Lo que dijeron entonces estos dos egregios pensadores alemanes pienso que, a grandes rasgos, puede seguir manteniéndose en el *presente*, incluso para nuestra desgracia de forma más *radicalizada*, porque ha crecido la deschristianización y se ha radicalizado la secularización. Con todo ésta «no ha provocado la desaparición del cristianismo, como algunos esperaban, sino su transformación» (Thomas Halík). Importa leer y discernir bien los cambios de la sociedad y los *signos de los tiempos*. No se trata, ni mucho menos, de *condenar* a Occidente, tenemos mucho que *ofrecer* y mucho que *recibir* de su historia. ¡Si pudiéramos enseñarle a comprender y practicar que el modelo de las *relaciones interpersonales* está sobre todo en la Trinidad!

A pesar de tantos medios técnicos, desarrollados en el siglo XXI, da la sensación de que cada vez somos más *vulnerables* en lo radicalmente humano y con cierta frecuencia más *irresponsables* en nuestros comportamientos sociales. Alardeamos de autosuficiencias falaces, de inteligencia artificial, de canales digitales, de avance en la postmodernidad, del mundo real y virtual y de muchas cosas más y no queremos reconocer las grandes miserias, que nos corroen y nos dejan desarbolados. El decidir ser por lo que a uno le apetece, independientemente de lo que la naturaleza impone con sus leyes, el buscar atajos egoístas para desligarse del *compromiso* con los demás, el correr detrás del placer por encima de todo sin valorar los sentimientos que comprometen, el rechazar la trascendencia como una imposición inquisitorial que nos anula, no significa comprender lo que en realidad entraña la *grandeza de la persona humana* y menos saber discernir por donde se encamina su dimensión más preciada, que ensambla la materia con el espíritu. Se impone encontrar en medio de las tinieblas el faro luminoso, que dirija nuestros pasos y nos encamine hacia una existencia más agradecida y plena.

1.2. *La trinitariología en dimensión espiritual*

Me llena de júbilo haber podido presentar ese *faro de luz* en tres manifestaciones distintas y ofrecerlo encantado en una larga reflexión, que ojalá tenga actualidad en este momento e induzca a su consideración en el futuro. Esos focos radiantes *son* las Tres Divinas Personas, que obran *aquí y ahora*, no dejando de destellar en todo lo humano, cuando quiere ser percibido y sobre todo acogido. Están presentes en cada momento de la propia existencia, actuando bondadosamente en cada uno de nuestros *instantes personales* y encuentros comunitarios. Por eso necesitamos vivir *bien situados* en la propia cotidianidad, en la que muestran imperecedera luminosidad el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El lugar y el tiempo son imprescindibles para encontrarnos con esa deslumbrante claridad, que siempre se manifiesta allí donde la vida está, se propone y decide. La Trinidad es *Bella* y representa ciertamente la luz que nos ilumina, el faro que resplandece en medio de la tempestad, el beso que nos encanta sentir en momentos de soledad, la mano bondadosa que no deja de acariciarnos, el brazo que nos sostiene en toda dimensión peligrosa y el techo resplandeciente que nos cobija, cuando la lluvia del despropósito arrecia. Podemos vivenciarla como el *impulso arrrollador* que nos puede hacer felices, si nos dejamos sostener por su brillante y atrayente amor, siempre generoso por su inabarcable *entrañabilidad*.

Si no suena a petulancia, al mismo tiempo he intentado renovar incluso la *terminología*, más allá de los diferentes contenidos teológicos. En este sentido he evitado usar el nombre de *Dios* (el término del que *abusan* casi siempre los teólogos, también los grandes, y la totalidad de los pastoralistas), un término religioso donde los haya, pero que tiene *poco* de cristiano, ya que se aparta de lo que significa para los creyentes el Ser Supremo como *Uno* y *Trino*. En mis exposiciones menciono unas veces al Padre, otras al Hijo y otras al Espíritu Santo. Uso también la expresión las Tres Personas Divinas nombradas en conjunto, ya que forman una *inseparable unidad*, a pesar de su Tríada identificadora. Parece una formulación muy simple y hasta un tanto tediosa, pero nunca la he encontrado ensayada en alguna parte. No me ha importado demasiado el recoger *bibliografía científica*, porque mi intención ha ido encaminada hacia otras disposiciones más directas, sin olvidar en el presente nunca lo proveniente del pasado con una proyección de futuro. Lo que ahora una y otra vez *conquista* mi alma tiene que ver con el *encuentro vivo* y con la *experiencia real* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la *vivencia concreta* de la Trinidad Santa. Esta dominante disposición interior traspasa los tres libros desde el principio hasta el final.

He pretendido por todos los medios conferir al conjunto una *dimensión espiritual*, dirigida por el Espíritu y elaborada a partir de la *fe*, teniendo muy en cuenta la *esperanza* de la contemplación bajo el signo del *amor*; una fe, una esperanza y un amor que me he esforzado por mantener y practicar cada día en el ejercicio diario de mis *actos de piedad y de mi relación con el prójimo*, teniendo que confesar *continuas imperfecciones* nunca desaparecidas en mi proceder diario. De hecho la *praxis* de las tres grandes virtudes está salvando mi quehacer teológico, encontrando sentido a lo que hago en mi exposición intelectual. Las tres significan además referencias fundamentales de mi espiritualidad, llegando a centrar lo nuclear de mi existencia creyente. Recordarlas una y otra vez me ha ayudado y ayuda a saber que no puedo dejar de practicarlas, porque así me lo piden el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Me atrae el conocimiento y la reflexión, no cabe duda, pero sobre todo la *concreción de la vivencia*, que irrumpen en mi existencia de muchas maneras distintas y a veces con gran intensidad. Si se me permite, también con tendencia a la *fecundidad*, que no está en la simple multiplicación de actos sino en la intensidad de apertura a lo definitivo, que nunca deja de aparecer en el deseo humano.

1.3. *Una espiritualidad que nos abre a una experiencia mayor*

No es demasiado lo que los creyentes conocemos de cada una de las Tres Personas por la *revelación*, que usa constantemente el método teológico de la llamada *apropiación*. En modo alguno lo finito puede agotar lo infinito, tampoco llegar a comprenderlo, por mucho empeño que se proponga en conseguirlo. Se trata de algo fundamental, que he tenido claro desde que empecé a estudiar teología. Pero lo poco que sabemos, con la *inspiración* del Espíritu Divino, da mucho de sí, sirve para ascender por el camino de la *perfección* y sobre todo nos permite aspirar a la *santidad*, no solo como permanencia en la gracia divina, también como expresión

del *encuentro inacabable* en el Amor, la Novedad y la Felicidad, siempre en comunión con los hermanos y en apertura al mundo que podemos hacer más habitable y configurarlo mejor. Más adelante reflexionaremos sobre estas tres realidades, destacadas con letras mayúsculas por su trascendencia.

Lo que ha cobrado una *dimensión personal* más *gozosa* en mis indagaciones espirituales, tiene que ver sobre todo con la *vivencia precisa*, que cada vez hace mayor la adquisición de una *experiencia* más y más concreta. Nacidas ambas, vivencia y experiencia, del convencimiento personal y la reflexión responsable, irrumpen desde lo *más íntimo* existente en mi interior, la resolución consistente en sostener, que resulta posible ensayar una *manera propia* de acercarse y relacionarte con la Trinidad Santa. Contamos con *otro modo* de encuentro, aunque sea solo con *intermitencias* de feliz satisfacción, que conservan un valor ciertamente relativo, pero que abren caminos renovados. Estoy plenamente convencido de que existe en cada persona la capacidad para relacionarse amorosamente con las Tres Divinas Personas y en la vida espiritual no hay disposición más *viva* y *sagrada* que *adentrarse en ese encuentro con alma, vida y corazón* por el gozo que proporciona y la grandeza espiritual a la que lleva. En medio de esta conquista personal precisamos ser plenamente conscientes de que aún no ha llegado la plenitud, aunque la busquemos cada vez con más intensidad en medio de nuestras numerosas imperfecciones. Con todo no dejamos de reconocer que esa *plenitud ansiada y presentida* solo resulta posible adquirirla en el *más allá de la muerte* entre los bienaventurados, que gozan de la visión de las Tres Divinas Personas.

Siguiendo este intento de apertura a una experiencia mayor en el último libro he querido conjugar la *prosa* con la *poesía*, sin perder nunca de vista el *lenguaje simbólico y hasta contradictorio*, necesario para poder reflexionar y para atreverse a hablar sobre la Última y Suprema Realidad con otros procedimientos literarios, distintos a los tradicionales, que se han mantenido durante

demasiado tiempo. Una de las tareas de la poesía es detenerse en las *palabras*, elegir la expresión *más bella* que encierran y lograr que reflejen el sentido *profundo* y *hermoso* que irradian. Me ha movido ese deseo lírico, expresado en la *búsqueda incesante* de estar cada vez más íntimamente *unido* y *conmovido* con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, yendo más allá de lo que me había imaginado en un principio. Debo reconocer que esa *intimidad*, siempre ansiada y nunca conseguida como quisiera, ha iluminado cada vez con mayor intensidad mi proceder, conduciéndolo por el camino de una *felicidad presentida* y *añorada*, pero que siempre se me (nos) escapa, imposible como es de dejarse «atrapar» por mucho que lo intentemos. La *insistencia* con que he buscado un *encuentro siempre mayor* ha sostenido mi vida, ha orientado mis pasos y ha hecho más aceptable la cotidaneidad. Con su inmensa bondad la Trinidad siempre me (nos) lleva, nos conduce a metas más altas, cuando somos conscientes que está inhabitando nuestro corazón y que las palabras *emocionan*, cuando encontramos el lenguaje adecuado, que sabe expresar los sentimientos que nos encandilan.

2. LA PALABRA DE DIOS, LA SÍNTESIS ESPIRITUAL Y LAS VIRTUDES TRINITARIAS

Las virtudes teologales, íntimamente relacionadas con las Personas Trinitarias, tienen que ver con la *Palabra de Dios*, que siempre está en mí sin que deje de *interpelarme*: unas veces como *lectura*, otras como *meditación*, y la más de las ocasiones como *contemplación*, concluyendo el proceso invariablemente en la *oración*, cada vez más frecuente e intensa. He de reconocer que en la actualidad tengo bastante tiempo libre, del que trato de sacar el mejor partido, mediante la reflexión y la profundización en los contenidos bíblicos. En estos momentos parten más de la *experiencia personal* mediante una *lectura espiritual* de los textos,

así como del trato continuo con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que de la *erudición* sacada mediante el recurso a la lectura de muchos libros, que no llegan a asimilarse como debiera. Con todo debo confesar que siempre me ha gustado mucho leer textos teológicos. Engañaría si no confesara que, para mi desgracia, soy *mejor lector que orante*, aunque ambas posiciones pueden perfectamente conjugarse.

Lo que últimamente me ha interesado y ahora sigue interesándome sobremanera es conseguir una *síntesis espiritual*, que pueda ayudar en la comprensión de lo que he expuesto aquí a los lectores, aunque haya que esperar un tiempo (mucho quizás) para tenerlos, porque ahora resulta *muy difícil* encontrarte con personas que estén interesadas en cuestiones como las propuestas en mis libros, que *están ahí*, pero que muy pocos se deciden a leerlos y menos aún a penetrar en su contenido. Me produce pena afirmarlo, pero debo confesar lo que pienso, no llevado por el pesimismo sino por el *realismo*, que cada vez se me vuelve más concreto en la percepción. Si quiero ser sincero no me queda más remedio que sostener que no corren épocas buenas, para que los jóvenes se atrevan a *gastar su tiempo*, dicho con la mejor de las intenciones, en el estudio de la teología y menos aún entusiasmarse con la trinitariología. Hay algunos que emprenden estos derroteros y se atreven a adentrarse en un conocimiento y una vivencia mayores de cuanto estamos abordando aquí. Es más, hay que buscar los medios para que cada vez crezcan los apasionados por *profundizar* en la experiencia de la Trinidad. Con todo en el momento presente son *muy pocos* los iniciados, menos de los que cabría desechar. Acompañarlos debidamente necesita *mucho tiempo*, resistencia y tesón, derrochando las mejores fuerzas con ellos.

La sociedad de hoy, en sus múltiples manifestaciones, está como está y no queda más remedio que reconocer la *situación actual*, aunque ni por asomo podemos estar de acuerdo con ella y

conformarnos con sus limitaciones y deformaciones. En la parte que a cada uno toca, se impone esforzarse por renovarla. No pretendo recalcar las tintas en lo negativo, ya que las cifras totales de la práctica religiosas de los creyentes son *mayores* de lo que a veces suponemos mediante una valoración precipitada. Hemos de esforzarnos por influir lo más posible en los comportamientos, pero la *penetración real* en ellos, no nos hagamos demasiadas ilusiones, no será muy numerosa y con frecuencia carente de demasiado *compromiso*. El proceder mayoritario tanto de los jóvenes como de los adultos se encamina por otros gustos más hedonistas y por inclinaciones más prácticas, que tienen poco que ver con temas espirituales, entendidos estos en un sentido amplio. No cambiarán estas actitudes de la noche a la mañana, aunque no cesemos en nuestro empeño y la situación no puede considerarse en modo alguno como *desesperada*. Ayudar en *lo pequeño* a los que se encuentran con nosotros a reconocer lo que cada uno *es* desde la acogida del amor trinitario nos hace muchos más grandes pero también más *humildes*.

2.1. *Mi fe inquebrantable en la Trinidad*

Mi fe en la Trinidad es *inquebrantable*; en sus progresos me viene dada desde la juventud y adquirida de forma cada vez más intensa en la conciencia y responsabilidad de mi *encuentro personal* con Jesucristo, mi Hermano, Amigo y Maestro, quien me ha revelado lo que significan las Tres Divinas Personas, ya que Él es *una* de ellas. El estudio de la teología y el frecuente encuentro con la buena nueva del evangelio me han ayudado a experimentar su presencia en el discurrir cotidiano, dándome los datos suficientes de su contenido preciso, que arranca de sentir su vivencia y ponerme al amparo de su actuación. Me viene de lejos: Reflexionando sobre otros escritos anteriores, después de haber abordado el tema central de la historia del Nazareno y

de su anuncio del Reino, también he descubierto una *dimensión trinitaria*, en la que no ha faltado la vertiente espiritual del esfuerzo realizado. Mi trilogía sobre la oración de Jesús, de María y de Pablo explicitaban, incluso en el título, la dimensión trinitaria de las tres personas más importantes del cristianismo; esa dimensión no puede ser *más real* y *consoladora*, aunque pocas veces haya sido abordada con rigor.

He formulado una fe, que *no* he dejado nunca de practicar en la Iglesia, *sacramento* del encuentro con la Trinidad y lugar donde irrumpen todo lo que tiene que ver con lo *más sagrado de lo cristiano*, aunque sin olvidar que cada persona en su singularidad representa *algo* único, digno de ser aceptado por su gran dignidad y capacidad de abrirse al Absoluto. Una fe, que haga sentir cercano al Padre, escuchar con gozo su voz y hacer que palpite en cada uno de nosotros el entusiasmo por hacer el bien en su nombre. Una fe que me une sin descanso al Evangelio del Hijo y me proporciona «justicia, paz y alegría en el Espíritu» (Rom 14,18), sin dejar de procurarme vitalidad. Una fe que me remite siempre a su auténtico origen que no es otro que el Dios Uno y Trino, reconociendo que, en mi modo de concebir las realidades más sagradas, la Trinidad está por encima de todo, sobrepasa al *estado de derecho*, se eleva muy por encima de la *democracia* y va mucho más allá de las *deidades laicas*, tan adoradas sobre todo por algunos partidos políticos. Con todo, cuando las entidades del tipo que sean son verdaderas no se oponen entre sí, sino que se *complementan*.

El convencimiento íntimo me fue incoado en el *bautismo*, cuya dignidad necesita ser redescubierta permanentemente, y así poco a poco he ido consiguiendo una fe acogida, asumida, rezada, meditada, estudiada, escrita, predicada, testimoniada y, sobre todo, tratada de *vivir con intensidad*, que perdura en lo más *profundo* de mí, sin que se haya perdido en lugares oscuros, a los que no tengo acceso. Profeso la seguridad de que puede *penetrar* allí donde

solo ella posee la capacidad para hacerlo. Se trata además de una fe *inhabitada* por el Espíritu y pasada por la comunidad, que he buscado vivir en *compañía* de mis hermanos los creyentes, aunque no haya sido todo lo *comprometida* que debiera haber sido por mis deficiencias personales, que son muchas y me hacen sufrir con frecuencia. Pero ahí está en lo que supone de *vivencia* y me ha servido además para no dejarla de anunciar tanto con la palabra como con los escritos. Esta fe *firme, sólida, segura* en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo constituye quizá uno de los tesoros, si no el *mayor tesoro*, que desde siempre conservo en mi corazón y no se aparta de mí.

2.2. *Mi firme esperanza en la Trinidad*

Esta fe, acogida con gozo y testimoniada, unas veces de forma *personal* y otras *comunitaria*, no camina sola, va acompañada por la esperanza, que me *sostiene* cada instante, me alegra en los momentos de *tristeza*, me confiere *fortaleza* y me comunica una *seguridad* sólida en la marcha a través del camino emprendido. Sobre todo emerge en los momentos más difíciles, encendiendo mis ansias de inmortalidad, nunca apagadas y alertadoras del *inmanentismo* vacío, que se ha impuesto en muchas partes, reflexión *transversal*, que aparece en mis tres libros. Surge en mí una expectativa emocionada, que me esfuerzo por presentar con actitudes sinceras, deseosas de ser cada vez más comprometidas, mostrando mayores ansias de comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sus Personas *reales* y *vivas* se alzan como las verdaderas protagonistas de cuanto hago en mi apertura a los semejantes y al mundo, sí también al mundo, al que hemos de prestar una mayor acogida y no desistir por su cuidado más efectivo, siempre ensanchando el marco preciso de la *sostenibilidad*. Para ello necesitamos mediante el esfuerzo continuo crear una

sociedad bien dispuesta, que ansía un futuro mejor para las personas y el medio ambiente.

Me atrevo a formular sin ningún complejo que la Trinidad es el Esperanzante, el Esperanzado y la Esperanza. El *Padre Esperanzante* abre todos nuestros horizontes y no cierra nunca los caminos de la vida, a pesar de las dificultades que en ocasiones cuesta atravesarlos. El *Hijo Esperanzado*, es en quien encontramos refugio en las pequeñas y grandes tribulaciones, buscando en el evangelio el auténtico conocimiento, cuando se nos nubla la mente y todo parece que marcha cuesta abajo. El *Espíritu Santo*, que es la Esperanza firme de perenne pujanza, sostiene con gran vigor, conforme la promesa siempre mantenida, lo que somos, sentimos y hacemos, inspirando nuestros mejores propósitos y conduciéndolos hacia mayores realizaciones. Las Tres Divinas Personas pueden llenar de *júbilo consolador* cuantas empresas se realizan en su nombre, procurando el incommovible ánimo y el inquebrantable aliento en los momentos más difíciles, tan necesitados de esperanza.

Estamos llamados a testimoniar una *absoluta apertura* al don de la esperanza, transformando todo *signo de descorazonamiento*, que pueda aparecer en nuestra existencia, siempre amenazada por el abatimiento aun en los mejores momentos. Por eso nuestra propia seguridad en la Trinidad nos apremia a no desistir en la firme confianza, que proporciona contemplar lo definitivo, que se acerca con fuerza, cuando no desistimos en contemplar la vida con la requerida ilusión. Mantengamos viva la espera y firme la esperanza de «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 Pe 3,13), porque esa conquista aún no se ha cumplido, aunque sea uno de nuestros deseos más ardientes, que traspasan el pasado y el presente y solo se cumplirán en el futuro. Y hasta que irrumpa la esperanza plena, procuremos juntos que el Padre nos «encuentre en paz con él, intachables e irreprochables» (2 Pe 3,14). Trabajemos con todas las personas de

buenas voluntades por un *mundo mejor auténtico*, sin olvidar al mismo tiempo que «el hombre siempre permanece hombre» (*Spes sahvi*, 21) en la eternidad de las Tres Divinas Personas. No dejemos de inmunizarnos contra todos los engañosos «*mesianismos políticos*», que envenenan lo más sagrado de nuestra dignidad personal con su *falsa retórica liberadora* del hombre nuevo y se quedan en meras palabras; retórica infame que jamás se verifica en la práctica y con frecuencia constituye un pasaporte hacia el mayor de los desastres. Que no nos desvíemos en la orientación hacia la esperanza cierta.

2.3. *Mi insustituible amor a la Trinidad*

De esta esperanza, mantenida por la fe, se nutre mi amor, el amor *a la Trinidad* y el Amor *de la Trinidad*, que hay que escribir con mayúsculas. ¡Qué poco amamos al Amor! ¡Qué inconsecuentes somos por lo mucho que recibimos gratuitamente de Quienes se nos entregan incondicionalmente y quieren que también nosotros nos entreguemos! ¡Qué deficientes son nuestras actitudes hacia Quienes sostienen la permanencia del mundo y la existencia del hombre! Cuando vuelvo la mirada hacia atrás compruebo que de lo que más he hablado en mis libros presentados aquí ha sido precisamente del *Amor*, quizás porque es de lo que *más necesitado* estoy. Lo que más debiera prender en mí y sin embargo lo que se desarrolla con más lentitud en mi existencia cotidiana entre no pequeñas dificultades. ¡Qué decisiva es la *praxis del amor* y cuánto nos cuesta desarrollar su empuje en la forma debida! ¡Ojalá al mirar desde el amor, valorando y ordenando la propia vida y la vida en común, tengamos en cuenta a los últimos, que pasan hambre y tienen sed de *justicia*. ¡Ojalá no se quede todo en buenos deseos y se haga *vivencia sentida*, consentida y tendente hacia una plenitud, que me (nos) catapulte hacia la felicidad!

Me gusta comentar la formulación de San Agustín, cuando sostiene que la Trinidad es el Amante, el Amado y el Amor, en

una singularidad sin parangón, que necesita ser expresada más que con *palabras* a través de la *contemplación*, llevada a la *acción*. Contemplar constituye el mejor verbo para conjugar las tres expresiones citadas en sus diferentes manifestaciones concretas. El *Padre es el Amante*, de donde parte la seguridad del Amor, toda forma de *verdadero darse* radica en ese origen, de modo que no podemos encontrar otro por mucho que lo busquemos. El *Hijo es el Amado*, que ha conocido mejor que nadie lo que significa y es el Amor y como el Verbo Encarnado nos lo ha dado a conocer con el testimonio de su vida y con sus palabras de fuego, que jamás se apartan de la Verdad. El *Espíritu Santo es el Amor* a lo grande, hasta el punto de que, cuando semejante tesoro penetra en nosotros, no se puede salir indemne sin una *conversión interior y exterior* en toda regla, tendente a una *renovación* de los pensamientos, sentimientos y comportamientos. Lo sublime del Amor trinitario tiene la cualidad de *hacerse pequeño* y acompañarnos en las propias deficiencias para procurar elevarnos a las alturas, ayudándonos a entregarnos a los demás sin condiciones mediante la *transformación* del corazón y del lenguaje.

Sin duda he repetido cosas aquí, pero siempre he tratado de que en esas repeticiones se pudieran formular nuevas consideraciones precisas de acercamiento a las Tres Divinas Personas de modo, que no se quedaran únicamente en teorías bien ofrecidas, pero sin *substancia vital* que nos lleve a apreciar el Amor, percibirlo debidamente y hacerlo carne de nuestra carne. El Amor nos convierte en personas de verdad y así voy descubriendo con gozo una y otra vez *perspectivas renovadas* no salidas solo de la razón, también emanadas del corazón, que se mueve con otros motivos y no descansa en su actividad, porque en él se juega el secreto de lo que la Vida irradia como más preciado. Y la Vida de la que aquí estoy hablando se identifica con la *Común Infinita* existente en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no deja de mostrarse de maneras diferentes en lo *cotidiano*, aunque en

muchas ocasiones no percibamos debidamente el sublime latido de esa Vida de Amor sin parangón en lo íntimo de cada uno de nosotros, que nos *desinstala* y nos sitúa en la órbita de la actuación en favor de los hermanos. «Volver al amor fundamental del Padre y a las misiones del Hijo y del Espíritu Santo no nos encierra en espacios de estática tranquilidad personal. Al contrario nos lleva a reconocer la gratuidad del don de la plenitud de la vida a la que estamos llamados, este don por el cual alabamos y damos gracias» (Papa Francisco).

3. EL DESCUBRIMIENTO DEFINITIVO: AMOR, NOVEDAD, FELICIDAD

Conforme he ido redactando los libros, he ido descubriendo con asombro y gozo, que las Tres Divinas Personas permanecen siempre las mismas en su *Eterna Realidad Activa y Concreta*. Así se me han revelado también en tiempos tanto anteriores como posteriores, aunque las haya contemplado en formas variables sucesivas en el pasado y en el presente abierto al futuro. La Santísima Trinidad es en sí *Amor, Novedad y Felicidad*. Como Amor Supremo, rebosa novedad y transpira felicidad. En la plasmación de su Amor pienso que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo solo pueden ser concebidos como Gozo Perfecto y Novedad Plena, que no acaban nunca sino que se *presencializan* en un eterno Hoy, que podemos acoger con conciencia, libertad y responsabilidad. El Amor siempre es el mismo, pero en la *Plenitud Trinitaria* aparece siempre como *nuevo* y abierto a una felicidad incesante. La novedad y la felicidad de forma definitiva definen su *esencia*. Por eso conviene que ensalcemos y agradecemos tal *Magno Acontecimiento* como se merece, porque tiene consecuencias incalculables para el logro de lo más preciado que existe en cada uno de nosotros. Llegará el momento en la hora definitiva, en que nos bastará y sobrará el *glorificar con entusiasmo* al Padre y al Hijo, dejando que

sea el Espíritu, quien obre lo demás en nuestras capacidades y sensibilidades, dispuestos con júbilo interminable a experimentar de lleno la plenitud de lo que nos acerca a la eternidad.

La *presencia definitiva* ante la Trinidad en el *Ahora Eterno* siempre será *Nueva*, acompañada de una *Felicidad* del mismo modo *singularmente Inédita* en la forma de manifestarse, sentirse y gozarse. Las Tres Divinas Personas nos mostrarán tal grandeza de júbilo, rebasarán tanto nuestra satisfacción, asombrarán de tal modo nuestra mirada, que siempre las contemplaremos en una Novedad sin término, en una Felicidad constante mediante una Actuación incesante. *Ayer, hoy y mañana* permanecerán los mismos, pero a nosotros se nos mostrarán como un aquí y ahora interminables, siempre en *radical novedad e inacabable felicidad*, convertidas en algo indescriptible a causa de la *Realidad Una y Trina* de portentosa Novedad y Felicidad. Desde el sabio sosiego del *silencio* y la *fruición* sostenida en el Amor nuestro dulce pensar y sentir, anclado en la eternidad, contemplará la Novedad y vivenciará la Felicidad, ya que nuestra exultación experimentará siempre el *instante nuevo* y el *gozo también nuevo* en la vivencia del Darse y Recibir como un perfecto momento plenificado. Repetirlo nos hace más *conscientes* de lo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo significan en la vivencia perenne de la felicidad eterna. La descripción ofrecida no deja de ser una presentación de *imágenes de la esperanza*.

La Novedad no es algo que se tiene *una vez y pasa* para siempre; no, constituye un *permanecer* en lo nuevo, que siendo siempre el mismo, una y otra vez restablece la Novedad en el eterno invariable del aquí y ahora de hoy. ¡En esto radica la sobresaliente paradoja de la Novedad, abierta a la Felicidad! Ésta no tiene que ver con un especial *añadido* a la vida, sino que resplandece como la *misma vida*, cuando es acogida, aceptada, reconocida y cultivada desde el gozoso agradecimiento del Amor. No hay nada que pueda ofrecer a las personas más novedad y felicidad que en cada instante saberse inhabitados por el Amor definitivo

del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; Amor siempre Nuevo y Feliz. Alabanza al Padre, que *siempre permanece Padre en el Amor como Novedad y Felicidad*. Alabanza al Hijo, que *siempre permanece Hijo en el Amor como Novedad y Felicidad*. Alabanza al Espíritu Santo, que *siempre permanece Espíritu en el Amor como Novedad y Felicidad*. Así de sencillo y hermoso, así de estimulante y pleno.

3.1. *El testimonio de los santos*

Los grandes Santos con Santa María y San Pablo al frente: San Ignacio de Antioquía y San Clemente de Alejandría, Orígenes y San Agustín, San Basilio, San Gregorio Nisa y San Gregorio Nacianceno, San Francisco y Santa Clara de Asís, San Anselmo de Canterbury, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, Santa Hildegarda de Bingen, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús, Santa Teresa del Niño Jesús y Santa Teresa de Calcuta, San Juan de la Cruz y San Juan de Ávila, Santo Domingo y San Ignacio de Loyola y otros muchos santos y santas de distintos tiempos y países gozaron del Amor de Dios con la sorprendente novedad de la felicidad, a pesar de sus *noches oscuras*, que en algunos fueron muy intensas y persistentes. De muchos conocemos sus biografías, de otros su conocimiento y reconocimiento han sido más escaso. Todos ellos nos han ayudado y nos ayudan a sentirnos apoyados por la grandeza de sus testimonios, que exteriorizan *intimidades* insospechadas, que nos posibilitan descubrir las nuestras, algunas olvidadas o soterradas, pero que al final logran emerger con la gracia del Espíritu.

Merece la pena presentar un alto testimonio correspondiente a un *santo joven de nuestro tiempo*, que tiene que ver con nuestras tierras. En la ceremonia de su canonización Benedicto XVI expresó su admiración por San Rafael Arnaiz (9 de abril de 1911- 26 de abril de 1938), proponiendo su testimonio así: «El Hermano Rafael, aún cercano a nosotros, nos sigue ofreciendo

con su ejemplo y sus obras un recorrido atractivo, especialmente para los jóvenes que no se conforman con poco, sino que aspiran a la plena verdad, a la más indecible alegría, que se alcanzan por el amor de Dios. “Vida de amor... He aquí la única razón de vivir”, dice el nuevo santo. E insiste: “Del amor de Dios sale todo”. Que el Señor escuche benigno una de las últimas plegarias de San Rafael Arnaiz, cuando le entregaba toda su vida, suplicando: “Tómame a mí y date Tú al mundo”. Que se dé para reanimar la vida interior de los cristianos de hoy. Que se dé para que sus hermanos de la Trapa y los centros monásticos sigan siendo ese faro que hace descubrir el íntimo anhelo de Dios (de la Trinidad) que Él ha puesto en cada corazón humano». Un deseo ferviente, que condujo a San Rafael a la *plena comunión* con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, entregándose con una generosidad incondicional, propia de un místico de verdad, a lo que merece la pena vivir para alcanzar la belleza de la felicidad y el gozo de la eternidad para siempre.

Los Santos auténticos no se comportaron como personas *excéntricas* sin capacidad para irrumpir en lo *real*, enquistados en sus aislados mundos irreconocibles, sino como fuertes personalidades muy en consonancia con lo mejor de lo existente en las sociedades de su tiempo, seres agradecidos sin fingimiento, radicalmente abiertos a ser saciados en lo más sagrado de su yo inabarcable. No dejaban de mantenerse *firmes* en la realidad cotidiana, dedicarse por completo a la apertura de los otros y testimoniar la experiencia de sí mismos ante los demás como *ofrenda de entrega*, porque habían logrado descubrir la grandeza y la belleza del Amor por autonomía. Aunque nunca conviene olvidar que su novedad y su felicidad pudieran apreciarse *desde fuera*, su secreto invadía de tal modo su *interior*, que ya gozaban en su aquí y ahora de esa felicidad inmensa, desconocida, proporcionada por las Tres Divinas Personas, que en su momento llegará a irrumpir con lo *definitivo*. Siguiendo las sendas de esta

atrayente tendencia podemos afirmar que la dicha última, que vendrá en su preciso momento para cada uno de nosotros, la *liviremos sin más, la gozaremos sin más, la experimentaremos como novedad sin más*, porque estaremos en perfecta comunión íntima con la Trinidad Santa, que todo nos lo donará *como gracia*. De aquí podemos deducir que la felicidad y la novedad en su definitividad no se compran ni se venden, se *regalan gratuitamente* en estrecha religación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con los demás y con el universo, alcanzando así la *santidad definitiva*, ofrecida en su totalidad. Vivir la novedad de estar siempre ante la presencia gratificante de la Trinidad significa inacabable experiencia de una perfecta felicidad siempre *novedosa*, a su vez implica una perenne contemplación, desbordante de alegría y sentida también como continuamente renovada, en comunión con María y todos los Santos bienaventurados, participantes exultantes de la bienaventuranza final.

3.2. *Acompañamiento como compromiso en la común búsqueda*

La Trinidad, como Amor, Novedad y Felicidad, siempre está abierta a *todos* los hombres, jamás cerrada a nadie, independientemente del comportamiento personal y de las cualidades mostradas en su *discurrir cotidiano*. El *problema en la imperfecta relación mutua* se encuentra en nosotros, que no dejamos que la fuerza de la misericordia del Padre, de la comprensión del Hijo y de la sabiduría del Espíritu Santo *brille* en nuestras vidas con la luz que debiera iluminar la existencia humana, debido a un cúmulo de causas que ya se han ido explicitando en los libros reseñados. Si una misión sagrada tenemos los creyentes en el mundo hoy consiste *en trabajar unidos, en propiciar el encuentro vivo y sentido* entre las Tres Divinas Personas y cada uno de nosotros, llamados como estamos a formar una *comunidad* de vida y acción, en la que siempre haya espacio para la acogida y el servicio, el

recibir y el darse, la reconciliación y el perdón como *consecuencias ineludibles* de nuestro encuentro con la Trinidad.

Lo conseguido con nuestras relaciones constituye un serio compromiso en el intento de dejarnos *acompañar* cada uno de nosotros por los demás en la tarea de abrirnos a lo Trascendente. Las Tres Divinas Personas nos acogen en la medida que nosotros acogemos a nuestros semejantes. En su actividad pública Jesús, el Hijo humanado, no estuvo *solo*, si no fue en los frecuentes momentos íntimos de *oración personal* y en el *acontecimiento último* de la Cruz. En su anuncio del Reino por los caminos de Palestina, en su apertura a la grandeza del mundo, siempre quiso sentirse *acompañado* por sus discípulos, compartió cuanto tenía con ellos, hasta llegar a ser conscientes de la trascendencia de lo comunitario. En el momento presente el Padre quiere que prosigamos la misión *juntos* con la fuerza que nos transmite el Espíritu creador e inspirador. Clavar la mirada en el proceder de la Trinidad, tal como nos lo ha mostrado el Hijo humanado y nos invita a acogerlo, lleva consigo situarse en una *disposición interior* de darnos a los demás mediante el *compromiso personal y colectivo*. Algo que la Iglesia ha mantenido con fidelidad a lo largo de los siglos, educando a los fieles en la *apertura a los hermanos* y elevando así su comportamiento al ámbito de lo sobrenatural.

Lo que importa para el logro de cuanto somos y hacemos consiste en constatar cómo *hacer percibir el paso trinitario* por lo cotidiano de quienes se encuentran a nuestro lado, paso que se va gestando continuamente ante la presencia insondable de la Trinidad y en compañía de otros creyentes. Testigos privilegiados como somos de lo que sucede alrededor de nuestros hermanos, nos interesa conocer cómo nos convertimos en *mediadores eficaces* para acompañar la existencia de los demás en auténtica *responsabilidad*, haciéndoles posible, hasta factible el encuentro con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo mediante nuestra *intercesión*. Nuestro compromiso se vuelve *sincero*, cuando nos

impulsa a *implicarnos* en el modo de proceder de los que se encuentran a nuestro lado, favoreciéndoles el decidido propósito de comprobar cómo las Tres Divinas Personas van teniendo cabida en sus vidas, tan necesitadas de novedad y felicidad en la experiencia del Amor. Tenemos que hacer posible el que aquello que hemos experimentado en la vida por gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo intentemos que lo puedan vivenciar los demás tanto en el proceso de búsqueda común como en la expresión de la *generosidad* mutua.

3.3. *Superando el tacticismo: presente, pasado y futuro*

No quiero que se considere la propuesta expuesta aquí como una posición *tacticista*, sino como un asunto *crucial* que ha adquirido en mi existencia decisiva trascendencia y deseo que del mismo modo tenga especial consideración también en mis hermanos, tal como lo he propuesto en mis libros. Necesitamos para ello sobre todo tres cosas: *acompañamiento, compromiso* y *testimonio*. Merece la pena tomarlos en serio en su dimensión de presente y en su proyección de futuro. Pero conviene que del mismo modo tengamos en cuenta el *pasado con su complejidad*, que en modo alguno podemos dejar a un lado, ya que vuelve una y otra vez a nuestra *memoria*, esa gran capacidad para *recordar* lo que fuimos como *elemento integrante* de lo que somos ahora y seremos más adelante. Nadie empieza en el presente del ahora, su trayectoria vital viene de atrás con el tesoro de su memoria, entendimiento y voluntad, que las Tres Divinas Personas le han dado, para acoger su Amor y corresponderlo en la forma debida. Cuando ese Amor penetra con toda su fuerza en el interior de la persona se transforma la existencia de cada día en beneficio propio y en ayuda a los demás. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacen posible con su *Darse* lo que solo ellos son capaces de donar en *absoluta gratuidad*.

Si no se tienen como *puntos de referencia* las vivencias de otros momentos, puede ser que no logremos entender lo que *está aconteciendo hoy, aquí y ahora*, con el agravante de que mañana seremos incapaces de crear *algo valioso*, de modo que podamos vivir en cada momento lo que la Trinidad con tanta generosidad nos dispensa. Es posible que aparezca la novedad con la *sorpresa* de lo inesperado, que ha tenido su anclaje en un presente ya acontecido y por la experiencia de lo trinitario debe ser necesariamente bueno y consolador. Y al tomar conciencia de ello, nos sentimos sin duda mejor comprendidos por nosotros mismos y por los demás, porque llevamos con nosotros la compañía permanente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por convencimiento sé, que precisamos retener *suficientes elementos* del pasado para poder establecer *criterios propios* en el presente que nunca se detiene en su suceder y camina hacia adelante inexorablemente. Mirando con agradecimiento lo ocurrido en otros tiempos, llegamos a ser capaces de descubrir elementos valiosos, que pueden volver a iluminar lo que más ha influido en ese nuestro discurrir nunca detenido. Para ello no necesitamos la *discusión*, que puede que no nos lleve a nada. Lo que precisamos sobre todo es *comunicación, confidencialidad y diálogo*.

Conviene recordar que resulta necesario haber adquirido una experiencia (para mí la conseguida con los tres libros y la puesta en práctica de la conveniente espiritualidad, en la que ha jugado gran trascendencia la intensificación de la oración) en el tiempo anterior, que suponga un punto de apoyo para el presente que se abre al futuro. La experiencia de las Tres Divinas Personas se vive ciertamente hacia adelante, pero se comprende mejor, cuando también se mira hacia atrás y se comprueba lo mucho que a lo largo de la vida debemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Con los condicionamientos señalados seremos capaces de *encontrar la senda trinitaria y transitarla con agradecimiento*, para no perdernos en una andadura *superflua*, que puede acabar en aburguesamiento

y aburrimiento. Nuestra finalidad última nos permitirá llegar al final espléndido que se nos ha reservado y en cierta medida merecemos como gracia, si somos fieles a un *cálido permanecer en la Trinidad*, más allá de la atracción de esta sociedad despistada, que ha perdido buen número de sus valores y no deja de estar desorientada desde hace mucho tiempo. El Papa Francisco nos advierte que «el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada». Deseo firmemente que no suceda esto nunca en mi propia vida y no lo quiero tampoco para las personas con las que me relaciono de la forma que sea. Mi *ideal actual* consiste en apasionarme aquí y ahora con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y saber expresar las emociones que este encuentro gozoso me produce como *anticipación* de la bienaventuranza final en la hora definitiva. «Creo en la vida eterna», porque estoy plenamente seguro, y así lo confieso sin duda alguna en comunión con la Iglesia, que es el *premio definitivo* que la Santísima Trinidad quiere para los hombres.

4. HACIA OTRO TIPO DE IGLESIA EN LA SOCIEDAD

Precisamos emprender *una travesía nueva*, dirigida en dirección distinta a la que marcha la sociedad, tan llena de prejuicios y cargada de *egoísmos, vanidades y hasta soledades*. Para nuestra desgracia algunos de esos elementos negativos los arrastramos también los cristianos, incluidos los *sacerdotes*. En no pocas ocasiones sin que percibamos lo que nos está pasando en nuestro propio interior, nos dejamos llevar por el ambiente existente a nuestro *alrededor*, que no deja de fascinarnos en no pocas de sus manifestaciones, empequeñeciendo así nuestra mirada y desviándonos de nuestros mejores propósitos. Estamos tan identificados con nuestro

tiempo, compartimos tantos modos inapropiados de pensar comunes con nuestros contemporáneos, participamos tanto de sus caducos ideales, que no nos damos cuenta de algo que nunca debiéramos olvidar, ya que *estando* en este mundo, no *pertenecemos* a sus pompas y mucho menos a los patrones que marcan y a los comportamientos descarados en su modo de proceder.

Jesús nos previene en su *emocionante oración* al Padre: «Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno...Santíficalos en la verdad: tu palabra es verdad» (Jn 17,14-17). Cuando la vida interior se clausura en intereses caducos, se busca solo lo propio y no se sale de uno mismo, puede ser que se olvide la Palabra de Verdad. «Proceder “en solitario” siempre acecha, especialmente cuando el camino de vuelve áspero y sentimos el peso del compromiso» (Papa Francisco). Encerrarse en el propio egoísmo, olvidar el *espacio íntimo para los demás*, no buscar la misión conjunta, dejar a un lado lo que puede ayudar a los otros, supone algo terrible, que debemos *sacudir* de nuestro comportamiento, ya que entonces los planteamientos se clausuran en uno mismo, encaminándonos por *sendas desviadas*, que necesitan con urgencia ser corregidas. Nuestra fe nos impone romper con los individualismos consumistas, desistir de la búsqueda de las virtudes burguesas que dejan siempre una *insatisfacción* infinita. Desprendámonos de los *inmovilismos* paralizantes, que no auguran nada bueno. Pidamos al Espíritu luz y fuerza para seguir el camino del Hijo humanado con sus mismas actitudes e iguales actuaciones.

Como discípulos de Jesús, necesitamos proseguir la marcha en la *buena dirección* y para ello urge unirnos estrechamente a la *colaboración* con la *Iglesia como familia*, la familia de los *hijos* y *hermanos* de la Trinidad. Da pena decirlo, pero es así: se están *descomponiendo* las parroquias, parece que muchos creyentes han perdido el sentido de la *unión íntima* entre sí, ya no se dan los

lazos afectivos, sencillos pero *efectivos*, que existían en otras épocas. Aunque no nos lo acabemos de creer, está disminuyendo en algunos lugares de forma alarmante la presencia de los fieles, que en otros tiempos se encontraban alborozados y bien vestidos en la celebración de la Eucaristía dominical. Todo se ha vuelto más *flaco*, más *laxo*, más *empequeñecido*, menos *personalizado*. Incluso los más audaces de otros tiempos parece que están en otros asuntos, que nos marcan los medios de comunicación e impone el comportamiento general que deja mucho que desear. Dada la situación actual, urge *revitalizar las comunidades*, de manera que se vuelvan más *audaces y proféticas*, cercanas a los sectores débiles y vulnerables. Practiquemos el diálogo, aboguemos por la acción social verdaderamente comprometida en la *vida pública*. Reconozcamos la plena dignidad de las *mujeres* en la búsqueda de una mayor participación en las decisiones eclesiales. Acerquémonos a la sociedad actual en su diversidad sexual y de género con sus luces y sombras, discerniendo con lucidez las situaciones y actuando siempre con misericordia. Pongamos en práctica *dinámicas creativas* de participación en el cuidado de la creación amenazada. Sostenidos por las Tres Divinas Personas, precisamos un *cambio creativo* en la *cultura eclesial*, ensayando nuevas espiritualidades en el marco de la sociedad secularizada.

4.1. Relaciones consistentes

En los tres libros he pretendido establecer relaciones consistentes de acuerdo con la escucha y práctica de la *Palabra*, el mejor alimento para fortalecer nuestro encuentro con los demás. Para ello no me ha quedado otro remedio que recomponer con sinceridad la *vivencia de la comunidad* y la puesta en acción de una *sentida dimensión espiritual* al amparo de las Tres Divinas Personas. No se puede acoger la *Palabra*, administrar los sacramentos y prestar encuentros personales como quien cumple un oficio

que ha dejado de apasionar, con la desgana del *funcionario* no comprometido con lo que hace, mostrando una mediocridad que puede acabar en el pasotismo y hasta en el fingimiento de la práctica de lo más sagrado. Urge preocuparse por una *pastoral comprometida* con un testimonio real de entrega incondicional a las necesidades de los demás, privilegiando acciones sacramentales, para los que estén dispuestos a *acogerlas* y *celebrarlas* con la alegría propia de los que han encontrado el sentido de la vida y caminan tras las sendas del Evangelio. En este sentido pongamos en práctica las virtudes trinitarias, entre las que prima la caridad. Santa Teresa instaba con toda verdad: «Todo lo que te lleve a amar, hazlo sin más». Y eso es lo que desea el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de cada uno de nosotros «amar sin más», no ponerse de perfil, no cansarse de prestar un servicio generoso a los semejantes mediante un amor sin medida.

Una y otra vez estamos llamados a activar una *comunión cálida* entre los que participan en el culto, adoptando la firme resolución consciente, de que la obediencia e imitación de la Trinidad siempre constituyen el *verdadero camino* para establecer las relaciones que puedan satisfacer: el Padre nos regala la *belleza* de lo que significa *entregarse* a los demás. El Hijo nos proporciona la *alegría* que brota de un corazón donado sin reservas a los otros y despierta la *satisfacción* consistente en seguir las huellas del Maestro de la Verdad. Mediante la comunión mutua de los creyentes el Espíritu Santo construye en nosotros una existencia ilusionada, abierta a los *dones eternos* en la búsqueda de lo definitivo, que se va fraguando en el tiempo que nos toca vivir. Conviene repetirlo una y otra vez, no desistamos nunca de la entrega a los demás, de situarnos en el papel de servidores, porque estas actitudes son las que hacen crecer a las comunidades y a crear los verdaderos vínculos que hagan cada vez más *atractivo el amor*, dando el debido testimonio en los entornos en que nos movemos, tan necesitados como están de salir del egoísmo.

Los vínculos fuertes nos llevan a no apartarnos de la *oración personal* y *comunitaria* y a estar dispuestos a dejarnos sostener por ella. De la sincera actitud orante brota una plegaria sentida, que nos ayuda a aceptar gozosamente la *gracia*, satisfaciendo nuestros deseos más profundos, que podemos expresar así: Padre, concédenos la *fortaleza* de adentrarnos en tu mismo Amor y enséñanos la *generosidad*, que surge de reconocer tu entrega, siempre presente y actuante. Hijo humanado aumenta nuestra fe, para superar el *miedo* a disponernos en favor de los demás y no encontrarnos nunca desasistidos, al contemplar lo mucho que hiciste y haces por nosotros. Espíritu Santo, traspásanos con el *júbilo* de la esperanza, que entreteje las relaciones más firmes en la búsqueda de la bienaventuranza eterna. Trinidad Santa, haced de la Iglesia una *familia auténtica*, en la que todos formemos una piña, nos amemos con pasión y nos entreguemos a los más desfavorecidos, sabiendo que juntos marchamos hacia la *patria definitiva*, donde todos encontraremos la felicidad perfecta. Sin creer en la otra vida, ésta se puede convertir en un infierno, el sufrimiento se nos llega a hacer *insopportable*. Pero confesar el destino final nos conduce a la alegría de experimentar lo que las Tres Divinas Personas nos están preparando como *premio irrevocable*, cuando hemos sido fieles a la vivencia de la filiación y la fraternidad plenas, que nos abren las puertas del destino último.

4.2. *Filiación e intimidad*

Una familia crece y se considera dichosa, cuando está sostenida por un padre y una madre, que no reparan en medios para entregarse por completo a sus hijos y pretenden lograr que cada vez fructifiquen más como personas respetables con lazos estables afectivos. No se separan de ellos, porque comparten con la mejor de las disposiciones cuanto son y tienen para el bienestar de sus vástagos. Por su parte los hijos no dejan de estar vinculados

con sus progenitores mediante un *lazo común indestructible*, que es más fuerte que la muerte. Difícilmente podrá romperse ese vínculo, cuando todo sigue los cauces normales establecidos. En un entramado humano así lo que *nunca falta* es el amor, que aviva y acrecienta las relaciones mutuas. Apartarse de la filiación significa tanto como imposibilitarse para poder compenetrarse con aquellos que han sostenido su desarrollo en el discurrir diario, llegándose a quebrar algo insustituible: la confianza crecida en una existencia en común y el valor que reflejan los contactos personales. Lo que constatamos en la familia biológica acontece de manera *más íntima y efectiva* en la familia del Reino, que encuentra su *fundamento* en la Santísima Trinidad.

En la existencia espiritual ese padre y esa madre se identifican con «nuestro Padre, y del Señor Jesucristo» (Ef 1,2), que son el mismo. Por eso el autor de la Carta a los Efesios nos invita a ascender hacia esta *bellísima bendición*, que tantas veces hemos escuchado y conviene volverla a repetir, reflexionando su contenido en lo que tiene de más preciado: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado» (1,3-6). En medio de tanta belleza nada resulta más sublime que alabar a la Trinidad con todo lo que bulle en el corazón. ¿Puede haber un *mayor motivo* de bendición que la maravilla de saber que hemos sido constituidos en una dignidad que rompe todas las barreras? ¿Esta bendición no nos conduce a *reenamorarnos* de las Tres Divinas Personas, no olvidándonos nunca de que nuestra trayectoria consiste «en ser hijos del Padre y hermanos del Hijo

por gracia del Espíritu Santo», acompañados por su *extrañable Amor sin fin?*

Bajando a la propia experiencia he descubierto mediante la escritura de mis libros que mi fe, esperanza y caridad resplandecen mejor, cuando mi propia vinculación eclesial en el momento en que me encuentro, se hace transparente, allí donde brilla el *resplandor divino*, que es sobre todo en la filiación. La fe favorece crecer en la *intimidad personal*, ayudando a contemplar al Padre y a los hermanos en todas las partes. La esperanza anima a caminar hacia adelante con brío, ilusión y ganas de llegar a lo definitivo mediante el impulso del Hijo Resucitado. El amor, al que me impulsa el Espíritu, me convierte cada vez más en sincero conmigo mismo y con los demás. Lo que he hecho últimamente, y la Trinidad quiera conservarme las facultades mentales y espirituales en cada momento para proseguir este mismo cometido, consiste en escribir con sinceridad mi historia personal *como un camino que me lleva al conocimiento propio, me dispone en favor de los hermanos y supone una marcha hacia la perfección*. Ofrezco esta pista: Meditar y contemplar lo que se pone por escrito puede llevar a gozar más intensamente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, si nos dejamos *modelar* por las Tres Divinas Personas, que siempre están presentes en nuestro interior y nos acompañan en el esfuerzo de *ascenso vital*, que solo terminará en la gloria celestial.

4.3. *Fraternidad practicada*

Desde la revolución francesa la fraternidad ha estado con frecuencia en la boca tanto de revolucionarios como de clérigos. Puede considerarse como una de las palabras más usadas, desgastadas y por desgracia *menos practicadas* en lo que constituye el meollo de su significación. También yo la he usado una y otra vez en mi trilogía y quiero con sinceridad que esté en el centro de mi experiencia vital en relación con los demás, porque

si algo necesitamos tanto los creyentes como los no creyentes es practicar la *dimensión fraterna*, con la que el mundo se juega el futuro. Conviene resaltar que puede perder su sentido más auténtico, si nos enredamos en el concepto y dejamos a un lado lo que significa su *praxis*; lo medular se encuentra sobre todo en su vivencia. Por eso la fraternidad sólo es verdadera, cuando se descubre en las *personas cercanas y lejanas* a hermanos dignos de ser amados, manifestando ese *amor en la acción*, no sólo en palabras por bien expresadas que estén. Dicho de otro modo: La fraternidad crece de verdad, cuando nos sentimos *hijos del mismo Padre*, que nos entrega su amor para comunicarlo a los demás, liberándonos de falsas autocomplacencias.

La Trinidad no nos encierra en egoísmos propios, sino que nos hace capaces de abrirnos, discerniendo las necesidades de los demás que se encuentran junto a nosotros. En realidad la fraternidad implica la *condición propia* del que se decide por la el respeto, la solidaridad y la caridad, la compasión, la misericordia y el perdón. Santo Tomás encontró el sentido de su existencia en el amor trinitario, en el que estaba convencido que resplandece el secreto más íntimo de toda fraternidad: «La razón del amor al prójimo es Dios (la Trinidad), pues lo que debemos amar en el prójimo es que exista en Dios (en el Padre, el Hijo y en el Espíritu Santo). Es, por lo tanto, evidente que son de la misma especie el acto con que amamos a Dios (a las Tres Divinas Personas) y el acto con que amamos al prójimo (nuestro hermano). Por eso el hábito de la caridad comprende el amor, no sólo de Dios (la Trinidad), sino también el del prójimo». Suma Teológica, II-IIa, q. 35, a. Y ese amor tiene los rasgos propios tanto de la filiación como de la fraternidad, porque nada puede sobrepasar a ambas. Necesitamos siempre *más oración*, alentada por el Espíritu y poblada de seres humanos, que buscan la fraternidad necesitada de ser reconocida en lo más íntimo de cada persona, aunque no tengan el debido eco en nuestra desnortada sociedad.

No lo dudemos, estamos destinados a *ser gozosamente felices*: el Padre nos está mostrando constantemente su entrañable amabilidad y el Hijo nos acompaña con sus enseñanzas, orientándonos hacia la *dimensión definitiva*. Vivimos ya en el aquí y ahora la *vida eterna* y solo podemos hacerlo como auténticos hermanos resucitados. Esta singular experiencia gozosa nos está indicando, que el hombre en modo alguno puede considerarse como «lobo para los otros», tampoco como «una pasión inútil», y muchos menos como un «ser trágico destinado a la muerte», abocado al más profundo de los abismos. Parece ser que Luis Buñuel afirmó: «No hay más dignidad que la nada. ¡Viva el olvidol». Pienso lo contrario: la mayor dignidad humana consiste en que el Amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo nos *inhabite* para siempre. Al final, no esperamos el vacío de la nada, sino el Todo del Amor. ¡Viva ese Amor reconocido! La persona humana no es «alguien insignificante» que acaba en un hueco vacío, en un agujero sin sentido o como quiera expresarse. Bien al contrario, cada uno de nosotros, llamados a la filiación y a la fraternidad, somos *personas agraciadas* en el sentido más real del término, acompañadas siempre por el Amor del Padre, la Salvación del Hijo y la Unción del Espíritu Santo. ¡No ganamos todo nosotros mismos solos, como algunos piensan; bien al contrario se nos regala todo lo decisivo, lo que merece la pena conservar! Nuestro futuro consiste en darnos incondicionalmente a los hermanos como la Trinidad se nos entrega a cada uno de nosotros. Estamos destinados a una felicidad tan *concreta* y de tan grandes dimensiones como nadie puede sospechar ni con la inteligencia artificial, ni con la más prodigiosa incubadora de sueños, ni con los anuncios televisivos mejor diseñados. Aquí y ahora nos basta confesar que gozaremos de la *felicidad propia de la eternidad*, porque tenemos a un Padre bueno que se nos regala incondicionalmente, entregándonos la inmensidad de su Amor, que nada tiene que ver con contratos o contraprestaciones. El Espíritu nos concede *todo*

gratuitamente y si quieres dar algo, nos inspira para que se lo demos a los hermanos como lo hizo el Hijo humanado.

5. DESENLACE

He querido que mi trilogía *diera que pensar y amar sin más*, sabiendo que el Santo Misterio de la Trinidad lo *ilumina* todo: ilumina el suceder del mundo; ilumina la dignidad humana; ilumina el acontecer de cada persona; ilumina el ministerio de la Iglesia al servicio de los fieles; ilumina la vocación y misión de los discípulos; ilumina la filiación y la fraternidad; ilumina la novedad del hombre nuevo surgida del Resucitado crucificado, llamándonos a la continua y gozosa *conversión* en compañía de los hermanos, todos entregados al servicio de los pobres, abiertos a los que se encuentran en las peores periferias y a los comprometidos con el cuidado de la creación. Aquí radica lo esencial de la vida cristiana: contemplar desde Cristo la *Trinidad*, la *Iglesia*, el *hombre*, la *salvación*, el *mundo necesitado de transformación*, siendo testigos de la eternidad, que se abre ante nosotros en toda su verdad. Nuestra misión consiste en corresponder al legado terreno de Jesús, que muerto en la cruz resucitó para nuestra salvación. Queremos realizar lo que Jesús quiso perpetuar como servicio a la humanidad, representando sus intereses y prosiguiendo su causa, que siempre está al servicio de los más abandonados y de los que precisan más atención por sus muchas penalidades.

Seguir al Maestro significa ir comprendiendo de forma ascendente el *Misterio del Amor*: Fuimos gestados para amar, recibimos educación para amar, pasamos por la vida para amar, morimos para entrar en el Amor Absoluto, que ha protegido toda nuestra existencia de tal manera que el Padre nos recibe con una misericordia bendita, el Hijo corrobora que *mereció la pena* entregarse incondicionalmente por los hombres de todos los

tiempos y el Espíritu Santo se convierte en la Lámpara de Luz, que ilumina el gozo de nuestro nuevo ser, entrañado y perfeccionado en la entrega incondicional. La Trinidad, siendo Misterio, en modo alguno es *enigma*. Se mueve en unos ejes concretos, alrededor de los cuales se substancia el *logro* de la existencia humana. Siempre podemos experimentar con clarividencia la presencia y actuación de las Tres Divinas Personas mediante la *iluminación* íntima, el silencio interior, la fuerza de la oración, el compromiso ante la sociedad, el darse a los demás y el decidirse por la creación. Ese *encuentro transversal* puede proporcionar una satisfacción sin fin, que ya sintió un gran teólogo y sobre todo un gran santo, que ahora citamos.

«¿Has encontrado, alma mía, lo que buscabas? Buscabas a Dios (Trino) y has encontrado que él está por encima de todas las cosas, que nada mejor que él se puede imaginar, y que él es la vida, la luz, la sabiduría, la bondad, la bienaventuranza eterna y la eternidad dichosa; él está por todas partes y siempre» (San Anselmo de Cantorbery, *Proslogion* XIV, 16). La presencia y actuación de la Trinidad Santa nos proporcionan inmensas satisfacciones y nos ayudan a madurar, saliendo a la misión e intentando integrar a los *increyentes* en la vida de la Iglesia. ¿Qué podemos pedir aquí y ahora? Seguir cumpliendo con el deber mediante la puesta en práctica de la justicia y el derecho, la lucha por la consecución de la paz y la apuesta firme por la prosperidad de los más débiles. Esa felicidad que supone luchar por un mundo mejor, nunca llegará a ser fruto maduro sin la *ayuda de la gracia*, que nos viene regalada y urgida por las Tres Benditas Personas, que no dejan de acompañarnos desde que nos crearon. La salvación no cae del cielo sin nuestra *colaboración*, entra en nosotros con la emoción que supone encontrarse con una alegría, que significa a la vez un inmenso *regalo*. Pero hay algo más: En realidad la salvación contiene una *belleza indescriptible* que solo puede provenir de la

mano de la experiencia interior trinitaria. Lo decisivo consiste en la humilde y gozosa disposición a aceptar la *Misericordia del Padre*, la *Liberación del Hijo* humanado y el *Don del Espíritu Santo*. Nuestra vida es lo menos que podemos ofrendar en correspondencia al infinito amor de las Tres Divinas Personas, escuchando el *grito de los pobres* y de la tierra y de una manera especial el *grito desesperado* de las víctimas de la guerra que piden nuestra ayuda y exigen una paz justa. La grandeza de la Trinidad posee tal fuerza de *convicción*, que es capaz de dar respuesta y prestar conformidad a las preguntas más personales y sagradas existentes en el propio corazón, siempre en búsqueda de lo Eterno. En lo *más recóndito* de la vivencia espiritual cristiana invariablemente nos encontramos con las Tres Divinas Personas, que nos aman y quieren que seamos felices ahora y en el destino final. Si no logramos encontrarnos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se *oscurece* nuestra razón de ser, el verdadero significado de la vida y la bienaventuranza definitiva.